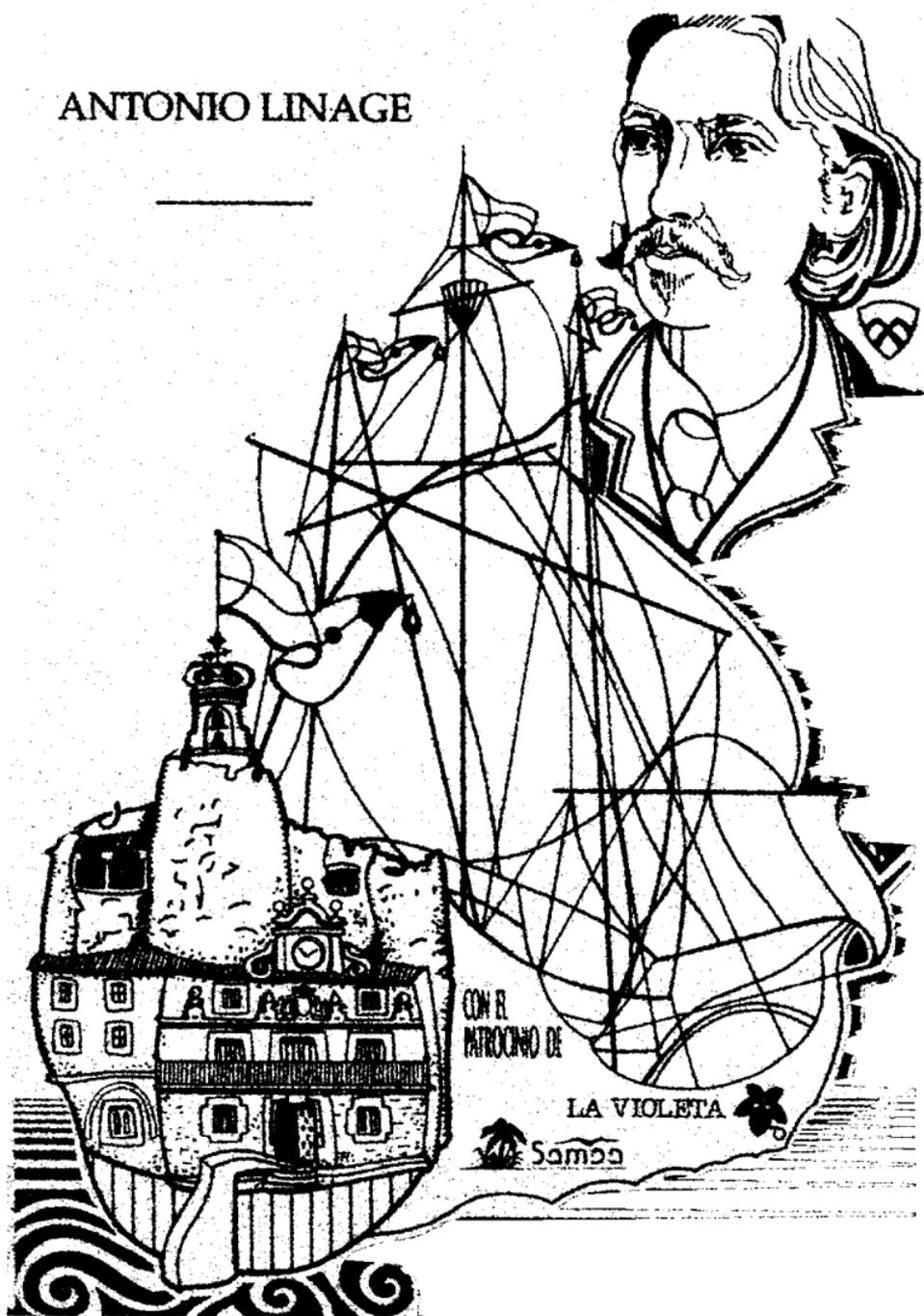


TUSITALA O EL PLACER DE ESCRIBIR
En el centenario de Robert-Louis Stevenson
(1850-1894)

ANTONIO LINAGE



Samoa

ANTONIO LINAGE

TUSITALA O EL PLACER DE ESCRIBIR
En el centenario de Robert-Louis Stevenson
(1850-1894)

*A mi nieto Martín, con la esperanza de que
celebre en Samoa de Sepúlveda el segundo centenario
del nacimiento de Tusitala*

Sepúlveda, 1995

“El protagonista de esta historia es un hombre natural de las islas Hawai. Vive todavía. Por eso no es oportuno identificarlo, y le llamaremos Keawe. Nació cerca de Honaunau, el lugar donde está la cueva en la que yacen los restos de **Keawe el Grande**. Era marino, de ganado prestigio en la tripulación de vapores isleños y patrón de un ballenero que faenaba por la costa de Hamakua. Un día sintió el deseo de hacer un gran viaje y sacó pasaje en un buque de los que hacían la ruta de San Francisco”.

Así empieza **La botella diabólica**, de Robert-Louis Stevenson. Que, hace ya más de medio siglo, yo leía con tanto apasionamiento como para darme algún temblor, cuando el sol tórrido de la hora de la siesta se remansaba en las huertas del Casilla. Era uno de los primeros veranos de la posguerra. La tal novela corta hacía el número cuarto de una colección llamada “Popular”, editada en Madrid por “Prensa Moderna”, también en su haber con la titulada sencillamente “Teatro”, sin fecha, que yo calculo hacia 1920. La portada, a dos tintas, era de Orbegozo: una botella gris, rodeada de unas estilizadas llamas rojas, que también tenía en su interior. Estaba señalado el precio, veinte céntimos. Mi ejemplar tenía el sello del extinto “Círculo Republicano Radical Socialista” de la villa.

Y ahora, en este invierno que se acerca al fin de la centuria, hace cien años de la muerte del autor, el 3 de diciembre de 1894, en Vailima, su mansión de la isla de Samoa, donde le llamaban **Tusitala**, “el que cuenta historias”. A lo largo de la noche, algunos nativos católicos rezaron en latín en torno a su cuerpo sin vida, algo “hermoso, sonoro, impresionante,

extraño en aquellos labios". Mientras tanto, otros trabajaban a destajo haciendo camino hasta la cumbre del monte Vaca donde se le iba a enterrar. Una hazaña que él nunca había creído posible.

Y de entonces acá, la continuidad en la ilusión perenne. ¡El deleite de escribir! ¡El placer de crear!

Había nacido en Edimburgo, sólo cuarenta y cuatro años atrás, el 13 de noviembre de 1850. Ya viajero impenitente, escribiría no haber estrellas tan bonitas como los faroles de las calles de su ciudad. "Y ninguna felicidad en la tierra como haber nacido escocés, aunque haya que pagarlo de muchas maneras, cual otras ventajas en la vida. Esta es más cálida e íntima, la chimenea arde más roja, en la calle lluviosa brillan más suaves las luces de la casa, y los mismos nombres que se han hecho querer a través de la poesía y de la música se ciñen más íntimamente a nuestros corazones". Porque "un hombre puede pertenecer a varios países, pero el verdadero amor sigue siendo la vieja tierra y las demás no pasan de infidelidades placenteras".

Francisco García Pavón escribió por su parte que no hay tierras buenas ni malas sino sólo la tierra de uno. Y al preguntarle a Thomas Mann si cierta de sus novelas se desarrollaba en Lübeck, respondió no ser posible escribir una que no tenga por marco la ciudad natal.

El cuco de los sueños hila los cuentos

Robert-Louis estuvo siempre enfermo. Se le ha evocado "tan flaco y demacrado que parecía un paquete de huesos". Por eso, ya de niño, Cummy, su dulce niñera, le distraía las noches insomnes de tos y de fiebre contándole cuentos de hadas, cuando los vientos soplaban tanto en Edimburgo que el título de

ciudad de los vientos se había ganado. Eso era en Clinton, la casa en las afueras de sus primeros años, todavía hoy con algún aire rural a pesar de la invasión urbana. Al mundo había venido en el número ocho de la plaza de Howard-en el diez vivió algún tiempo Chopin. De la ciudad nueva, la del milagro, a pesar de tirar a neoclásica, de que lo monótono no canse y sea amable. Andando el tiempo, uno de sus libros, acabaría por titularse (antes **Penny Whistles**), **A Child's Garden of Verses**.

Y le gustaba pasarse horas y horas en la estación, viendo pasar los trenes.

Los Stevenson eran una antigua familia de ingenieros dedicados a construir faros. Walter Scott los menciona en **El Pirata**. Y, aunque él no quiso seguir la profesión, pactando con su padre la solución intermedia de estudiar Derecho, ahora le vemos sobre todo a través de los mares y de isla en isla. Aunque el mediodía de Francia-tuvo casa en Hyères-se le recorrió en burro-**An Inland Voyage** (1878), **Travels with a Donkey in the Cévennes** (1879). Y, aunque no pasó la frontera, evocaba este otro lado de las alas de la poesía francesa de los recuerdos escolares:

**Et tout tremble, Irún, Coimbre,
Santander, Almodovar,
sitôt qu'on entend le timbre
des cymbales de Bivar.**

¡La alegría de andar! ¡En página tan luminosa de **La isla del tesoro**, cuando el caballero Trlawney, Jim y el doctor Livesey, acuerdan aparejar una goleta para ir en busca del de Flint!

Andar, sí, pero escribiendo. Y tan escritor había nacido Robert-Louis que dio en leer libros y

autores de diversos estilos adrede, para ser capaz incluso de mariposear ya él como autor de uno en otro. Así, consiguió el lenguaje medieval de **La flecha negra: una historia de la guerra de las dos rosas** (1888). Y, uno de sus libros de poemas, **Underwoods** (1887) consta de treinta y ocho en inglés y diez y seis en gaélico, el viejo idioma de su país que ya no hablaban muchos. "Quien no domina su lengua no se conoce a sí mismo", escribió en **El espíritu de aventura**.

¡Y qué hermoso es Edimburgo, sí! Como hecho para soñar, a la medida de la imaginación si ésta pudiera tenerla. Pero... ¿qué atmósfera se respiraba allí cuando Robert-Louis pasaba del niño al hombre? Y bien, imaginémosnos las mismas moralidad rigurosa y estrechez de prejuicios de nuestros viejos burgos de antaño, pero sin la alegría católica. Ni novenas, ni santos, ni procesiones, ni vírgenes patronas, ni misas mayores, ni semana santa. No nos extraña pues que, con su primo Bob y su amigo Baxter, "por amor a la cerveza y a la libertad de expresión", fundara una sociedad rebelde, contra la autoridad paterna, ambulante de viejo en viejo bar, "L.J.R.". ¿Se nos dejará evocar a nosotros algunos anhelos quemados en las tabernas de esta nuestra Sepúlveda, de las alas de los porrones de una quince, sí, una peseta con quince céntimos?.

Su primer libro, **The Pentland Rising**, evoca con simpatía fraterna a los "Covenanters", unos compatriotas también rebeldes de hacía dos siglos, enfrentados al presbiterianismo ortodoxo. Y ensayos de revista en revista: "Portfolio", "Macmillan Magazine", "Forthnightly", "The Cornhill Magazine"-los aparecidos en ésta última se recogieron en el volumen **Virginibus puerisque** (1881).

Y una mujer naturalmente

Era americana. Estaba separada. Ni que decir tiene que no gustó a Stevenson padre. Se llamaba Fanny Vandergrift Osbourne. Tenía un hijo, Lloyds.

Aunque no fue la primera. Una prima suya casada en Suffolk le había presentado, a sus veintitres años, al erudito inglés Sydney Colvin-luego destinatario de sus **Vailima Letters**-, y a su futura esposa, menos joven, Fanny Sitwell. Robert-Louis la empezó escribiendo ardientes cartas de amor. Pero luego supo transformarlas en filiales. Y ésta fue una de sus cualidades, la ductilidad para cambiar los afectos a las muchas gentes que se le cruzaron en la vida. Afectos que, desde luego, confiaba infatigablemente al correo. "Mi única ambición literaria -escribió una vez- es dejar todo lo que pueda en los buzones de los amigos". ¿Y no lo ha conseguido? ¿No sigue?

Fanny Vandergrift se fue a California en 1878, y al año siguiente la siguió Stevenson. Sin dinero, y ya enamorado de la tuberculosis también. Mario Esteban me ha hecho ver cómo los pacientes de desprendimiento de vítreo acabamos tomando cariño a las moscas de nuestros ojos. También aquéllos a sus hemoptisis. De la nueva estadía -Monterrey, San Francisco-, libros naturalmente: **The Amateur Emigrant; Across the Plains**.

Divorciada Fanny, pudieron casarse en 1880. Y pasaron en una mina de plata abandonada, de viejo nombre español, la luna de miel: otro libro, **The Silverado Squatters** (1883). El dinamitero le escribió la pareja en colaboración. Y Lloyds fue el hijo espiritual y el heredero literario de su padrastro. También escribieron juntos -**The Ebb-tide** (1894) la empezó el joven y la terminó el menos joven en años-y se esti-

mularon recíprocamente en su obra individual. Lloyds editó póstumamente las obras completas de Robert-Louis, con el título de **Tusitala** y en treinta y cinco volúmenes.

Pero estábamos en California. Cuando a Stevenson padre se le ablandó el corazón y mandó un giro telegráfico, volvieron los tres a Escocia. No por mucho tiempo.

En "La montaña mágica"

Davos-Platz. Un sanatorio antituberculoso en el cantón de los Grisones, tras de sí con casi un cuarto de siglo de prestigio cuando Stevenson llegó en abril de 1881, para volver en el otoño, luego de veranear en su tierra (Pitlochry y Braemar, sonoros en verdad los topónimos).

De una especie de apuesta con Lloyds salió allí **La isla del tesoro**, aparecida primero por entregas en el "Young Folks". Giacomo Prampolini, el historiador universal de la literatura, se dispensa de resumir su argumento, dada su notoriedad. Nosotros también. A estas alturas nos basta con evocar al padrastro dibujando una isla con tizas de colores y llenándola de nombres geográficos fantásticos. "No hay mejor materia para un sueño que un mapa". Dicen que se parece a la cubana de Pinos, por lo menos según aparecía ésta en la cartografía de la centuria anterior, aunque Robert-Louis no había estado nunca en el Caribe.

Davos-Platz. Otro aniversario literario de este año es el septuagésimo de **La montaña mágica** de Thomas Mann que le tiene por escenario. Cuando el lugar se estaba además convirtiendo en sueño de esquiadores. ¡Cómo embriaga ese río de vino que es la geografía literaria!

Pero ya tenemos a Stevenson conquistador del título que le darían unos pocos años después los isleños de Samoa, **Tusitala**, el que cuenta historias. Al preguntar a Luis Landero si escribir había sido en él un impulso visceral, recordando las oídas a los abuelos en su Extremadura natal, replicó que no tanto la pluma cual el relato de aquéllas.

Historias, muchas, de géneros variados, de ambientes diversos, de personajes distintos: **Arabian Nights** (1882), **More Arabian Nights** (1885), **Prince Otto** (1885), **Kidnapped** y **Catriona** o **David Balfour** (1886 y 1893), **Island Night's Entertainments** (donde se incluye **The Beach of Falesa**, y la isla es ya Samoa); el inacabado, póstumo y magistral **Weir of Hermiston** (1896); los cuentos escritos en las Highlands amadas de hemoptisis en hemoptisis, **Thrawn Janet**, **The Merry Men**; **St. Ives** y **Q** (éste otro escritor edimburgués, Sir Arthur Quillercoch).

Para su amigo Henry James, la razón de ser de la novela estaba en su parecido con la vida. Para él, a pesar de reconocer lo inevitable de ése, precisamente en ser diferente de ella. Y bien, admitiéndolo así, ¿no estamos sin embargo seguros de que, diversa de la vida que nos rodea y palpamos, la novela es en sí vida también y vida se hace en la de cada lector, espectador u oyente? Y sin ello implicar un privilegio para los letrados, que ahí están las literaturas orales y las civilizaciones analfabetas. **Tusitala**, los viejos extremeños de Landero.

¡Y cómo ese variopinto baúl stevensoniano nos recuerda aquel generoso diluvio de las colecciones de novela corta de entreguerras, con la seducción de las portadas y la intriga de las ilustraciones, el pozo sin fondo de la imaginación, la selva virgen de los personajes, los lugares, los episodios, los sentimientos! El de nuestro descubrimiento de **La botella dia-**

bólica, **El diablo embotellado**, **El genio en la botella** en otra traducción. Una al portugués.

Pero, ¿y el secreto de Robert-Louis? Pues a mí me trae a las mientes un episodio y un ambiente. Un quijote para niños, en folio, breve, muy ilustrado, en el piso interior del número cuatro de la calle de Arango durante el sitio de Madrid. Junto a él, mi padre tenía el texto completo de la novela en una edición de Ramón Sopena. Y las conversaciones de las gentes de mi pueblo en las tabernas de aquellos años. Todo tan sencillo. Sí. Pero tanto como profundo. Como en las novelas de aventuras y los cuentos para niños de nuestro escocés. De la superficie de unos relatos a las honduras de la condición humana. Por eso se le han desprendido las etiquetas profesoraes que le fueron endosadas. Ni más ni menos que porque todo estaba en su obra. Y ahí está. Aquí le tenemos. Y no sólo en su encarnación más llamativa y a la vista.

La novela decisiva

En Edimburgo señalan a los turistas Brodie's Close, la casa que fue del diácono Brodie, el hombre que se pasó la doble vida siendo de día un respetable y caritativo concejal y de noche un salteador de casas, hasta que fue descubierto y ahorcado. La taberna del diácono Brodie ocupa ahora, en el Lawnmarket, el emplazamiento de su patíbulo.

Había pues dos diáconos Brodie. ¿Y acaso no llevamos la pareja un tanto cada uno de nosotros, incluso los santos y los héroes? La aportación novelesca de Stevenson fue desdoblarse su nombre y su físico, **El extraño caso del doctor Jekyll y del señor Hyde**. 1886. Y desde entonces hasta Spencer Tracy, Lana Turner e Ingrid Bergmann.

Al año siguiente, el autor volvería a América. Pero ya famoso y rico. También le acompañaba su madre viuda.

Por la tierra y por los mares

En aquellos tiempos, Nueva York recibía muy bien a quienes aún no estaban etiquetados como "muy importantes personas", ni menos en siglas ruines. Y ya eran "potentes y grandes" los Estados Unidos. Otro libro, **Adirondack Mountains. (Songs of Travel and other Verses** acabaría titulando otro de pemas). Recibía bien, pero a la medida del hombre. Eran también los días de la tremenda solemnidad ferroviaria. Una vez se vio al jefe de la estación de Plattsburg titubear un poco de corrillo en corrillo de viajeros que aguardaban el tren para Saranac, hasta dirigirse al que le pareció el de los Stevenson. Acababa de llegar un telegrama de Albany anunciando le iban a mandar un automóvil. Se le dio, con el importe de los billetes cancelados y, en nombre de la compañía y el director, le deseó un buen viaje.

1888 mediado, se embarcó en San Francisco, en la goleta **Casco**, para un crucero a las Hawai. Que resultaría el viaje de los seis años que le quedaban de vida. Porque este escocés, que había sabido escuchar el canto de las sirenas de tantos meridianos y paralelos y ponerle letra, se dejó seducir definitivamente por los de las islas y los mares polinesios. **Hic est requies mea.**

El periódico que publicó la descripción de su desembarco en Nuku Hiva no habría pues podido anunciar la continuación sino de las próximas entregas: **In the South Seas, A Footnote to History.**

Las Marquesas, Fakarava Atoll, Tahití (en 1889 llegó Gauguin), seis meses en Honolulu (en 1891

murió en Molokai el padre Damián, de quien se siguió hablando mucho, también en el torbellino de la polémica), las Gilbert, y ...al fin **talofa**, que así se saluda en la lengua austral de Samoa. Los reyes nativos le contaban las viejas historias de su civilización en tramonto. ¿Nos parece un cuento de hadas de su propia cosecha, materializado por artes mágicas, como los personajes de Unamuno y de Pirandello rebelados contra sus propios autores? Tanto que, al traducir un misionero precisamente **El Diablo en la Botella** al tal idioma del país, se creían sus oyentes que era su huésped, el patriarca de Vailima, quien la poseía.

Y, no de las alas de la fiebre tuberculosis, sino de un aneurisma, le llegó la muerte, tan esperada como súbita, cuando desde la barandilla de su casa contemplaba el paisaje de su adopción. "¿Me veo raro?", tuvo tiempo de preguntar a Fanny. «**Tofa Tusitala**, duerme», le arrulló uno de los isleños, mientras iban llegando los otros para arrullarle con sus latines. ¿Mueren jóvenes los elegidos por los dioses? ¿Y no lo son también los enfermos?

Jardiel Poncela ironizó sobre la belleza del nombre de la tuberculosis, a la par que el de otras enfermedades. Y, a juzgar por el balance de sus desposorios con Robert-Louis, aquélla no lo fue sólo del significante sino también del significado.

Belleza, sí. Además de la profundidad y la sencillez de que hemos dicho. Una belleza en la que acaba transfigurándose el propio argumento, el mismo fluir del manantial de las historias contadas. Como en la exhortación que antecede a *Treasure Island*: "So be it also!"

**And all the old Romance, retold
exactly in the ancient way.**

La savia de una efemérides

Evocar a un escritor, un libro, una lectura, es volver al otro o los otros momentos de la vida de uno y de la historia en torno, en los que se le leyó. De ahí la fecundidad de la literatura cual compañera de la existencia, lo insospechado de sus recursos para endulzar la condición humana. Un industrial vasco me confiaba hace poco su deseo de dar a sus hijos, no sólo un medio de vida sino también una formación humanística. Una voz un tanto aislada en la masa obsesiva que apunta exclusivamente a unas oposiciones seguras o un engranaje en la técnica de nuestro mundo. ¿Idealismo frente a materialismo? Acaso. Pero lo que no es posible es oponer a aquel anhelo el sentido práctico, porque las humanidades acaban teniéndole tanto como los instrumentos de la productividad material. Y, a quien a la mera lectura de estas líneas no se convenza, no vale la pena argumentarle.

Como también en un aniversario, se presta a meditaciones parejas la evocación de los que le precedieron. En 1950, de Stevenson se conmemoró el centenario del nacimiento. Fue su rehabilitación, la derrota de los pedantes, los mismos que desdeñan el folletín, como si no los hubieran escrito Dostoievski, Balzac, Galdós y Baroja, y se sorprenden de que un curso del Escorial, de la mano de Guillermo Cabrera Infante, rinda tributo y dé su lugar a la entraña vivificante de la novela rosa. A guisa de desagravio, muy poco después se festejaron por todo lo alto las bodas de diamante de **La Isla del Tesoro**-recordamos las emisiones entonces de la BBC de Londres.

En Edimburgo, dicen que cuando un visitante llega a una casa, le dicen van a prepararle el té, mien-

tras que, en la vecina y rival Glasgow, le preguntan si quiere tomarlo. Lo cierto es que Robert-Louis nos escribió sus libros a esa la manera de sus paisanos. Como los otros edimburgueses, Walter Scott y Conan Doyle; y Thomas Carlyle para nuestro Miguel de Unamuno.

¿Y aquella la botella maravillosa con la que comenzábamos? Cualquier deseo de su poseedor era satisfecho, salvo el de prolongar la vida. Pero tenerla en el momento de morir llevaba aparejada la condenación eterna. Y la única manera de desprenderse de ella era venderla a la mitad del precio por el que se hubiese comprado. Con que, ¿cuándo ése hubiera sido la unidad monetaria mínima? “El viento gemía entre los árboles, y a Kokna la parecía el rumor de las llamas infernales; las sombras que danzaban a la débil luz del reverbero de la calle antojabánsela figuras de condenados”. ¿La solución? No voy a ser tan maligno que os la anticipe. Leedla que no os arrepentireis. Es más, encontrareis en ella algo vuestro. Os la podreis aplicar sin esfuerzo aunque sea una historia misteriosa y lejana. Que ya sabeis esa es la magia de Stevenson.

Y bien merecedor que fue de ella por esas sus nupcias indisolubles con la pluma, por su fidelidad al placer de crear como terapia de la fiel tuberculosis. No sólo por haber escrito mucho, bien y siempre, sino ante todo por llevar en sí la condición de escritor con la misma indefectibilidad que el bacilo de Koch.

¿Por qué cabalga el jinete cuando el viento brama bajo las estrellas y la luna?, se pregunta:

**Whenever the moon and stars are set,
whenever the wind is high,
all night long, in the dark and wet
a man goes riding by.
Why does he gallop and gallop about?**

Y se nos antoja que es esa necesidad divina de consumarse en la tinta azul sobre el papel blanco el argumento simbolizado del interrogante. La que a mí me devuelve la estampa de mi padre. Y la de mi padrino, Ríotaliso, el "Solitario" hidalgo de esta villa.

Pues la isla de Samoa está lejos de este rincón de Sepúlveda que Samoa se llama. Pese a la celeridad de la aviación. Mas, de las alas de la literatura, puede aquí soplar la misma brisa inspiradora de Tusitala. Y éste, él mismo, hacernos compañía, acodado a una de sus mesas, descansando en uno de sus rincones, erguido incluso en la barra a pesar de sus morbos. En plena intimidad si está lloviendo:

**The rain is rainig around,
it falls on field and tree,
it rains on the umbrellas here,
and on the ships at sea.**

Por eso no nos despedimos de Stevenson, aunque le brizemos el sueño a sus cien años con los mismos latines litúrgicos que los isleños de su velatorio, los mismos con los cuales yo, en mis días de monaguillo con pretensiones de sacristán, acompañaba los huesos humillados de nuestros paisanos:

**In paradisum
deducant te angeli.
In tuo adventu
suscipiant te martyres.
Et perducant te
in civitatem sanctam Jerusalem.**

Santa Escolástica-Madrid
28 de agosto de 1994
Día de San Agustín

Un pequeño dato de entrada. Todos los años, el día de su cumpleaños, diez y nueve de enero, junto a la tumba de Edgar Allan Poe, en Baltimore, aparecen, en el curso de la noche, tres rosas y una botella de coñac. Y nunca, a pesar de haberse intentado, a veces con ahinco, ha podido ser descubierto el oferente.

Y de la entrañable biblioteca encajonada donde apareció **La botella diabólica**-también estaba **El Dinamitero**-el aroma. Nada más ni menos que de papel impreso. Grueso, eso sí. Y asociado al color ocre.

Teñido de progresismo-de Sempere a Prometeo-, el baúl de las lecturas de los sepulvedanos en los primeros treinta años del siglo. Acaso porque las revistas gráficas son una presencia ya continua-**La ilustración Española y Americana, Blanco y Negro, Hispania, La Esfera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo**-, el libro ilustrado de Gaspar y Roig y Montaner y Simón va cediendo al monopolio de la letra de Maucci y Ramón Sopena, el abanico de la literatura universal-dulzura de una novela japonesa, **Nami-Ko**, de Kenjiro Tokutomi-, en la **Colección Universal** de Calpe alianza de la austeridad profesoral y la confianza del libro de bolsillo-en la transición la **Biblioteca de Artes y Letras**. Las novelas de Felipe Trigo pasan de la Librería de Fernando Fe, el hogar madrileño de las letras europeas, a un entresuelo para su propia administración en el número diez de la calle de la Academia, pasando por la de Pueyo. Y es la hora de Renacimiento, de las alas del hombre de la leyenda dorada del libro, Gregorio Martínez Sierra. Algunas de las sencillas primeras ediciones hoy se cotizan a cinco ceros en el mercado: **La Regenta** (la segunda, pero con la primicia del prólogo de Galdós), **La voluntad, Campos de Castilla,**

Niebla y Soliloquios y Conversaciones. De la polí-
cromía periódica ya dijimos: **La Novela Teatral-fije-**
monos en este título, reflexionemos en él-, **La Novela**
Cómica-casi toda también escénica-, **La Novela**
Corta, La Novela Mundial, La Novela Semanal, La
Novela de Hoy, Los Contemporáneos, La Novela de
Noche. Del teatro, el mundo de donde salían las pie-
zas representadas por los aficionados de la villa, uno
de los alicientes de sus largos y cálidamente fríos
inviernos, de Echegaray a Linares Rivas. Se alcanzan
los comienzos de la Compañía Ibero-Americana de
Publicaciones, la CIAP, de las riendas de Pedro Saínz
Rodríguez en pos de la salvación del acervo anterior,
también en las vísperas del Himno de Riego, que no
se iban a llevar mucho de las de la disolución del
propio partido Republicano Radical Socialista.

(Ríotaliso sueña, lee, medita, escribe. **"El jar-**
dín de la señora" está en este viejo pueblo mío, al
que tanto amo, como una esmeralda en un estuche
de labor antigua, entre el arco de **"Ecce Homo"** y
una casona del color de las antiguas doblas caste-
llanas. Nadie se fija en él; tiene un color oscuro,
con sus cipreses y enebros enanos. Cuando le veo,
mi imaginación, forjadora de mentiras, se empeña
en hacer cuentos y leyendas de este jardín altivo,
modo depreciador del moderno espíritu urbaniza-
dor, mezcla de estilos sin gusto propio. En su necro-
logía, Mariano Quintanilla diría de **El Solitario**
haber podido ser el Rodenbach de su villa. Julián el
Cojo echa a volar a través de su dulzaina los desper-
tares de las muchachas en flor. Emiliano Barral talla
cuerpo a cuerpo la piedra rosada de las canteras del
Villar de Sobrepeña. Francisco de Cossío, el hidalgo
sepulvedano en Valladolid, escribe también novelas.
Cuando don Adolfo Miaja de la Muela me dirigía la
tesis en Derecho Internacional, recordaba **Las expe-**

riencias del doctor Hanson como de las lecturas más ingeniosas de sus recuerdos. Los relatos fantásticos de Cesar-Luis Montalbán atraen la atención de Mario Roso de Luna. De algunas corridas de Victoriano de la Serna aseguran los entendidos no será posible repetirlas sino muy pocas veces. Captado por la ilusión de la pluma, Antonio Linage Revilla lo vive intensamente todo).

Mientras tanto, en las estanterías del Ayuntamiento, duerme la biblioteca palatina que legó el hijo del primer conde de Sepulveda, don José de Oñate y Valcárcel: muchos libros franceses del exilio isabelino, la Sociedad de Bibliófilos Españoles con la cuenta detallada de cada ejemplar de suscriptor, viajes reales y sermones de la Real Capilla, Guías de Forasteros, el Diario de Sesiones, la seducción de las encuadernaciones románticas.

Pero aun he de decir de otro libro. Animado, viviente de por sí, generador de un drama cotidiano siempre idéntico y siempre distinto. Era el Misal Romano, sobre su atril en cada iglesia de la villa en la plena posesión de la fuerza trágica y la expansión estética a todas las artes. Desde las sacristías, la epac-ta renovada cada año en la diócesis de Segovia, contenía la **mise en scène**. El Breviario sólo se nos hacía coral y con incienso en las vísperas de los santos titulares de las parroquias y de las cofradías-toda la poesía semítica desposada con el latín bíblico en la salmodia de completas de los días infraoctavos del Corpus, **a torrente in via bibet**. Del Pontifical sólo recordaré una página, la confirmación que me administró en San Justo don Luciano Pérez Platero, encarnación del **évêque dans la cathédrale triomphante** de Paul Claudel. (Un recuerdo para el padrino, don Tomás de la Plaza Monte). Me habían dicho que después de comenzada la ceremonia episcopal se cerra-

ban las puertas de la iglesia sin poder abrirse bajo pretexto ni excusa hasta después de concluida. Yo quise comprobarlo. Y don Blas Guadilla me impidió la salida con su simpática brusquedad. Aunque el Ritual era también el de la despedida de los paisanos en la tierra, la sangre y el espíritu, para el último sueño: **et exultabunt ossa humiliata.**

Latín litúrgico que por cierto nos vuelve a aquel de la isla de Samoa de cien años ha, en la jornada misma de nuestra efemérides. La última y la primera velada de Tusitala, el narrador de historias, el novelista.

A cuyo tributo, el que ahora le rendimos en este islote de la ensoñación polinesia que es Samoa de Sepúlveda, asocio yo la memoria agradecida de mis paisanos lectores y soñadores de novelas que fueron. Y de mis paisanas sobre todo, no sólo porque, huelga la explicación, me sean más amables, hasta en ultratumba, sino porque las creo más y más fieles lectoras del género, más que sus enamorados, admiradores y esposos. Y ello desde los días de la novela bizantina.

Aunque recordaran la frase de algunos predicadores, **novelas, no verlas.** Sé que aquí la decía don Lázaro Revilla, un abogado que se hizo cura, se fue a Méjico y de él por acá nunca más se supo. Debía ser mi pariente lejano; tuve y he recuperado en lo posible un libro de texto, de Historia Natural, que fue suyo y llevaba su firma en la portada interna, muchos cuadros sinópticos de géneros y especies. En cuanto a la frase, creo llegó en su día también a oídos de Luis Landero. Pero las feligresas las leían... a Dios gracias. Por otra parte, acaso la oratoria sacra, la catequesis misma, ¿no contribuyó a los orígenes de la novela? Bien lo sabemos aquí, donde también nació Clemente Sánchez de Vercial, el autor a la vez del

Sacramental y del **Libro de los Exemplos por A.B.C.**; y sin ir tan lejos, de la misma época de que tratamos era la **Biblioteca Patria**, la **Popular Circulante del Patronato Social de las Buenas Lecturas**. El **párroco de Villanieves**, de Narciso Díaz de Escovar... Y no sólo eran el canónigo Muñoz y Pabón, el jesuita Coloma y el agustino Muiños los ensotanados que novelas escribían entonces.

En fin, leían... El 7 de abril de 1913 escribía don Miguel de Unamuno, en "La Nación" de Buenos Aires, comentando las **Impresiones y Recuerdos** de Julio Nombela: "Yo sólo recuerdo que en una de las temporadas que pasé en una casita de campo que mi abuela tenía en Deusto, cerca de Bilbao, no me dejaba dormir un cierto Mateo el Galgo, de **Las Obras de Misericordia**, de Pérez Escrich". De Pérez Escrich era también **La Caridad Cristiana**, continuación de **El Cura de Aldea**, de la que la Romana recordaba, al comienzo, mientras caía una nieve espesa, camino de Ledesma, la canción del guía:

El viajero suspendió sus reflexiones, y dirigió con anhelante interés la vista hacia un punto por donde se oía una voz que cantaba la siguiente copla:

**Yo no tengo tabaco,
Yo no tengo papel,
Yo no tengo camisa,
Yo no tengo mujer.
Si tuviera dinero,
que es lo que hay que tener,
yo tendría tabaco,
yo tendría mujer.**

También había la Romana leído **Las Obras de Misericordia**, de parejo inicio invernal:

Era una tarde del mes de diciembre. Los

montes de Reinosá se hallaban cubiertos de nieve, los árboles sin hojas, el cielo sin azul, el campo sin perfume.

La Loca del Vaticano era de Ramón Ortega y Frías. "Lo que puede haber y suceder en una casa de pobre apariencia", se titulaba su primer capítulo:

El día primero del mes de setiembre de 1865, y cuando el sol acababa de ocultarse, caballero en un potro que parecía muy fatigado, deteníase un hombre a muy poca distancia de la capital de Méjico y en el camino que conduce a Puebla. Al mismo tiempo salió de entre unos matorrales un indio, que tomó la rienda que el jinete le entregó al descabargar, y con el potro se alejó por una tortuosa vereda y hacia un caserío que distaba como unos dos kilómetros.

La protagonista era Carlota, la emperatriz viuda de Maximiliano, que perdió la razón al ser recibida por el papa Pío IX. Y yo recuerdo haber oído repetir varias veces solemnemente a la pobre vieja su último mensaje, perdón a Méjico de su crimen, y de su traición ¿a quién? ¿Y las gracias por su lealtad?. Pero de la Romana, ni la voz, ni la estampa-¿cuánto se parecía a don Ramón de Mesonero Romanos!-, ni la mirada ni las manos se me han ido ni nunca se me irán de la memoria, aquellas manos arrugadas, sarméntosas y cobrizas que acariciaban. Otro de los títulos en su haber era **El diablo en Palacio**, aunque amputado en su recuerdo de la primera parte de aquél, **Una venganza de Felipe II o Memorias de...** ¿Por mor del sacramento de la penitencia?

¿Y os extrañará que Julio Caro Baroja anote en el haber de aquellas novelas-se lo he oído yo en el Ateneo, en un ciclo dedicado a ellas- haberle familiarizado con los hechos y hombres de la historia? Así,

el formidable granadino, Manuel Fernández y González, subtituló **La buena madre**, "Crónicas de Castilla. Regencia de doña María de Molina": "Al oscurecer del día 25 de abril del año de 1333 de la era de César, 1295 de Jesucristo, un hombre robusto, fuerte, de elevada estatura, ascendía por un repecho de los Cigarrales de Toledo, en dirección a una casa situada en lo alto del monte, y desde la cual, al otro lado del valle del Tajo, se veía encerrada en los triples recintos de sus viejos muros la imperial ciudad de Toledo" (¿Y sabéis que igualmente el Tribunal Supremo, el año 1910, en la sentencia que dirimía a favor de nuestra Comunidad de Villa y Tierra el último pleito con Riaza, también comenzaba su primer resultando datando por las fechas, "la era hispánica que entonces regía y la cristiana hoy vigente", el Fuero de Alfonso VI?).

Pero... también en las lecturas la guerra entre la cera y la cáscara amarga. Los unos se detienen ante Blasco Ibáñez y Felipe Trigo y exaltan en cambio a Palacio Valdés y Alarcón, pero todos hacen suyos los **Episodios Nacionales**, a pesar de pecados tan graves como Electra.

Y el romanticismo que permanece. Sí. Hasta ahora, sí ¿o no sigue aleteando sobre las parejas que danzan en "La Violeta", por muy frenéticamente que lo hagan? Aunque ya los novios no regalen a sus amadas una estampa de santa Rita y una novela, que es **Inmaculada**, de Rafael Pérez y Pérez. (Y el flujo y reflujo de la vida a las bibliotecas. En una de jesuitas, en una miscelánea francesa de mariología, me encontré yo citada aquélla por el título. Y una estudiosa de mi propia universidad valentina ha escrito un libro titulado **Rafael Pérez y Pérez. Hacia un análisis estructural de su novela**). Y claro está que lo de menos es que ahora los desposados pasen su luna de

miel en Samoa; y a lo más, en cambio, en Palma de Mallorca, cuando en Samoa King Vidor rodaba **Ave del paraíso**, con Dolores del Río y Joel McCrea.

(Y es uno de los temas constantes de la ciencia y la historia de la literatura el de los orígenes de la novela. Ahí el formidable libro de don Marcelino. Pero, ¿ha podido el hombre alguna vez vivir sin las alas de aquélla? Hasta nos atreveríamos a extender el interrogante a sus ascendientes en la escala zoológica. Fernández y González noveló también **Los amores de Alfonso VI**. "El Solitario" escribió un cuento, **El por qué Once-brutos fue más listo que Once-listos**, que es un canto al vigor y la realidad de la fantasía, en su argumento concretamente la farándula de antaño, de pueblo en pueblo, los **sacerdotes de la risa, el más precioso don de Dios**. Y no es irreverente la llamemos **causa nostrae laetitiae**. ¡Ah! Y en los primeros tiempos de la imprenta de Sepúlveda se publicó también una novela... de la cual no hemos encontrado sino las primeras páginas de un ejemplar. Por eso no doy más datos. Como cronista me siento culpable, y ni que decir tiene que llamo a todos a colaborar para deshacer el enigma). Sin poder olvidarnos de que de ese viejo, uno que leía novelas de amor, ha hecho Luis Sepúlveda, que así se llama, una de las novelas, entre las novelas más maravillosas.

Y todo esto viene a cuento de mi deseo de que este tributo a Stevenson lo sea también a cuantos novelistas hicieron soñar a esos nuestros paisanos que pasaron y a éstos sus lectores mismos. En la permanencia, pero en ebullición, de la intrahistoria, mientras la rueda de la historia seguía su volteo inexorable. Poco antes de 1930, Marcelino Domingo escribía en **La isla encadenada**, otro de los libros de aquella biblioteca: "La guerra europea ha producido

dos daños de incalculable volumen: uno de ellos es el menosprecio a la vida del hombre. Otro es el egoísmo que se ha despertado en todas las naciones: las fronteras, que antes de la guerra eran brazos abiertos, hoy son puertas cerradas". ¿Y después, muy poco después? ¿Y ahora? Y a pesar de todo ello, Juan-Pedro Quiñonero escribía en ABC, el 29 de noviembre pasado, en torno a nuestro centenario: "El tesoro de Stevenson continúa fascinándonos, invitándonos a partir, obedeciendo a una misteriosa voz que nos llama, tras la figura legendaria de John Silver, para enrolarnos en la aventura del descubrimiento de una tierra tan vasta, rica y fértil como el descubrimiento de nuestras ilusiones adolescentes".

Y si hemos evocado a nuestros paisanos lectores del pasado, ¿diremos algo de los que vendrán después? No. Sólo voy a citar, de paso, a una profesora novelista, Susana Fortes, que acaba de decir: "Se lee poco y se ve demasiada televisión. El panorama es difícil. Y la función de los enseñantes es la de apasionar, la de crear estímulos, sea con Stevenson y Verne o con Cervantes».

Sin embargo, en el marco de este centenario, acaba de aparecer un libro titulado **Cuentos de la isla del tesoro**, cinco relatos de Julio Llamazares, Juan Marsé, Juan-José Millás, Antonio Muñoz Molina y Arturo Pérez-Reverte, previamente publicados en el diario "El País", a condición de que en todos se incluyera de alguna manera una mención de la novela stevensoniana. Óptima la ocurrencia. Y en San Francisco ha aparecido una edición de **The Bottle Imp**, con veintiuna ilustraciones de un pintor californiano, Tom Hann. Aquella nuestra edición de **La botella diabólica** sólo tenía la portada de Orbegozo.

En fin, también aquí nosotros, en la hospitali-

dad de la Samoa de Juan Antonio. ¿Por qué? Ya lo dijimos. Y el 27 de Noviembre glosaba Ignacio Sanz en "El Norte de Castilla": "El mundo está trenzado de caminos, a veces reales, a veces imaginarios, que conducen a lugares exóticos que unen entre sí sentimientos y voluntades dispersos". Y sobre todo que "con los grandes escritores siempre está uno en deuda. No siempre tenemos ocasión de saldarla" y "a fin de cuentas, es con los cuentos con los que se fabrican los sueños que sostienen el mundo". !Que feliz se habrá sentido allá arriba **Riotaliso** cuando haya leído a los ángeles estas confesiones de su vigoroso y luminoso paisano de Lastras de Cuéllar. Y por añadidura, "seguro de que alguno de los personajes de don Roberto Luis habría gustado del paisaje ascético del Duratón con sus tajos cortados a cuchillo, sus altas choperas y sus buitres, y a John Silver imponer el rigor de su carácter por los encañonados meandros del río"

Así que nada más, sino la llamada ~~perenne~~.
Accipite librum et devorate illum.

En Samoa de Sepúlveda. A los cien años de la muerte de Roberto-Luis en la isla de Samoa. 3 de diciembre de 1994.